



01

limitación territorial y paisajística de la *boundary* a la *frontier*.

Todo ello es debido a la emergencia de nuevos espacios urbanos como resultado de intensas dinámicas de metropolización y urbanización difusa y dispersa por el conjunto del territorio, provocadas, a su vez, por factores tales como, entre otros, la explosión del terciario, la revolución tecnológica, el precio del suelo, el boom inmobiliario e incluso una cierta crisis del espacio público y de algunos elementos propios de la ciudad tradicional. Asistimos, en efecto, a una excepcional explosión urbana que ha dispersado en un extenso territorio asentamientos de población, actividades económicas y servicios de todo tipo que precisan, además, de las correspondientes vías de comunicación que los entrelacen.

Los paisajes híbridos contemporáneos son, en efecto, el resultado más palpable e impactante del espectacular *urban sprawl* desatado en los últimos decenios. Alguien se ha atrevido incluso a darles un nombre propio, el *sprawlscapes* (el paisaje de la dispersión), un paisaje

persión? Son paisajes de mucha más difícil legibilidad ante los que el ciudadano normal experimenta una cierta sensación de desconcierto, incluso de desasosiego, porque tiene ante sí una estructura territorial y paisajística que no reconoce y cuya lógica discursiva no llega a comprender, lo que es normal porque, o bien se trata de territorios sin discurso y de paisajes sin imaginario, o bien de nuevos territorios y de nuevos paisajes que podrían tener, efectivamente, sus correspondientes discursos e imaginarios, si alguien se hubiera preocupado de descifrar su lenguaje y de escribir su gramática, lo que pocas veces se ha hecho.

Los nuevos paisajes híbridos nos plantean enormes retos urbanísticos, territoriales, ambientales y sociales, pero también conceptuales e intelectuales. ¿Se está perdiendo en ellos el sentido del lugar o emerge uno de nuevo? ¿Ha huído de estos paisajes el supuesto *genius loci* correspondiente o se manifiesta bajo otras formas que aún somos incapaces de percibir? ¿Es posible –y conveniente– seguir asociando la idea de lugar y de paisaje a

Emergen nuevos espacios urbanos como resultado de intensas dinámicas de metropolización difusas por todo el territorio

que trasluce una nueva estética y una nueva concepción del espacio y del tiempo. Son paisajes fracturados, que ocupan amplias extensiones de territorio en forma de manchas de aceite, una especie de “archipiélago fractal”, en palabras de Francesco Coreri; paisajes hacia los que se dirige el propio Careri en su *Walkscapes* mientras reivindica el andar como práctica estética. Nuevos paisajes en los que prima la estandarización, la homogeneización, la repetición, la discontinuidad, la clonación, la artificialización, la tematización y, a menudo, la banalización.

No es fácil leer estos nuevos paisajes, al menos con la facilidad con la que aprendimos a leer y a interpretar, desde la semiología urbana, el paisaje urbano compacto. En su ya clásico tratado sobre la imagen de la ciudad, Kevin Lynch señalaba las categorías conceptuales fundamentales para interpretar el paisaje urbano convencional. Robert Venturi y Edward Relph se atrevieron con los primeros paisajes urbanos postmodernos. ¿Pero qué categorías, qué claves interpretativas permiten leer hoy el paisaje de la dis-

una comunidad y a una cultura territorial determinadas? ¿Podemos seguir concibiendo el lugar, ontológicamente, como una categoría geográfica “pura”, basada en su supuesta homogeneidad y coherencia internas? ¿Cómo se articula hoy, en estos paisajes híbridos y mestizos, la milenaria asociación identidad-lugar-paisaje?

Mi impresión es que, hasta el presente, “han fracasado las respuestas, pero las preguntas persisten”, como diría Octavio Paz. Deberíamos explorar mucho más a fondo cómo las interconexiones entre los fenómenos globales y las particularidades locales alteran las relaciones entre identidad, significado y lugar; cómo los seres humanos crean lugares en el espacio y los imbuyen de significado; cómo las sociedades contemporáneas (re)descubren y (re)inventan lugares y paisajes. Y no desde la nostalgia ni desde un falso romanticismo, sino desde la reacción en clave progresista contra unos territorios-mercancía y unos paisajes-objeto que son fiel reflejo de unas relaciones de poder asimétricas y de unos procesos sociales preocupantes. |



02

CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

Taimunt se casa

Como tantos otros musulmanes cuyos padres habían escogido el bendito nombre del Profeta, el futuro marido de Taimunt se llamaba Mohamed

ALI LMRABET

No era un agricultor ni un comerciante, tampoco un guerrero, era solamente un hombre de religión, un ‘fkih’, como se decía por entonces, el imam que inundaba el pueblo de sus beatas certezas. Para culminar su vida de santo hombre Mohamed había decidido emprender el peregrinaje a la Meca. Pero antes de lanzarse en un largo e incierto viaje a pie, tenía que tomar esposa para, por si la desgracia se abatiera sobre él en el camino, dejar algo para la posteridad. Como el devoto vivía en Tafnesa y sabía que tres vigorosas mujeres vivían entre los exiliados de Aduz, fijó su interés en una de las hijas del difunto Ammar.

Razonamiento mercantil más que otra cosa. Con el jefe de familia muerto y el hermano mayor perdido en alguna cruenta aventura, las Izmuren eran una presa fácil. No tenían riquezas ni pretensiones, y “la dote podría ser simbólica”, pensó seguramente el futuro peregrino. En suma, un buen negocio. Seguro de sí mismo y de su propósito, Mohamed se plantó delante de la vacilante puerta de madera que daba a la casona de los exiliados. Se quedó esperando un largo tiempo y al oír una multitud de voces que se aproximaban, sacó un largo cuchillo de su manga y seguidamente cortó la garganta de la infeliz oveja que venía arrastrando desde su casa. Este sacrificio ritual obligaba al solicitado a abrir grandes sus puertas, a desplegar sonrisas de circunstancia y a ofrecer el té con menta y la hospitalidad al solicitante. Se abrió pues la puerta al autoinvitado, las mujeres se retiraron dejando a los dos hermanos, inexpertos y aturridos por unos usos ancestrales con los cuales no se habían aún acostumbrado, frente al experimentado “hombre de Dios”. Aisa y Chaib miraron detenidamente al visitante, que portaba generosa barba, limpia y blanca chilaba tradicional y por encima una capa negra de pretendido santo hombre. Después de

intercambiar saludos y otras locuacidades soltadas mecánicamente, entraron en el tema. Como era de prever el visitante venía a pedir la mano de Taimunt. Explicó a sus obligados huéspedes que antes de emprender el largo camino que lleva a la plenitud espiritual, necesitaba tomar esposa para que cuidara de sus bienes terrestres durante su ausencia. El único problema que había es que estaba apurado y no podía esperar más.

Fue una ceremonia expeditiva. Los dos adules (notarios), convocados urgentemente, notificaron en un papel, más bien pergamino que acta de matrimonio, unos conjuros incomprensibles para el común de los mortales. Después de alabar al todopoderoso y de exhortar la bendición de Alá, Mohamed se apoderó de su esposa y se la llevó. Sin más contemplaciones. Esa misma noche, Taimunt descubrió aterrorizada que su vagina había sangrado abundantemente después de su desfloramiento, y que el placer que se llevó su marido le había ocasionado mucho dolor.

En los años setenta, mi abuela contaba a los numerosos nietos que se congregaban a su alrededor para escuchar religiosamente su accidentada semblanza, que su vida hubiera sido otra si Aduz, su pueblo natal, no hubiera sido atacado por la horda del sultán en 1896, si su padre no hubiera fallecido repentinamente o si su hermano Haddú no se hubiera alejado del pueblo en busca de una azarosa vida. Antes de ser entregada a su marido, la familia hubiera negociado una dote consistente, y su entrada en la vida adulta se habría hecho la noche de una digna boda. Pero así, no... Y no a cambio de una dote que consistía en una vieja y enloquecida mula y dos o tres cabras que nunca dieron leche. Una semana después de esta veloz y brutal unión, el devoto Mohamed iniciaba su larguísimo viaje a la Meca. Cuando regresará diez años después se encontrará con una merecida sorpresa